

unirse á nosotros, mediante la recepción de su Carne y Sangre, da fuertes aldabadas á la puerta de nuestros corazones, con el fin de que se los abramos, y así pueda cenar místicamente con nosotros y nosotros con Él. ¡Bendigámosle por tan inmerecida fineza!



## CAPÍTULO XXXV

### *La Eucaristía y los Santos Padres*

Autoridades de los Padres que existieron en los tres primeros siglos de la Iglesia

**L**os Santos Padres!! ¡Qué prueba tan sólida de los dogmas de nuestra Religión! Si pretendiéramos elogiar el celo, la santidad, la sabiduría y la doctrina de los santos Padres, nos veríamos precisados á abandonar el pobre trabajo que tenemos entre manos. Ellos son el órgano sonoro de la tradición eclesiástica sin nota alguna discordante; son los fuertes eslabones que, perfectamente unidos, forman esa larga cadena que empieza en Jesucristo y termina en San Bernardo; son los fieles transmisores de las santas costumbres de nuestros mayores; son finalmente, el eco fiel del Divino Salvador. Cada santo Padre, á la verdad, poseyendo su especial estilo en su composición, hermosea la unidad de la Iglesia en sus dogmas, haciéndolos gustosos á los entendimientos. ¿Qué diremos del apologista Justino, del acérrimo Atanasio, del valeroso Hilario, del elocuente Crisóstomo, del fortísimo Jerónimo, del sabio Agustino, del vigilantísimo Damiano y del melífluo Bernardo? ¿Qué luz no difundieron á los hombres con su doctrina? ¿qué buen ejemplo no esparcieron con la santidad de sus vidas? Estrellas lucidísimas, colocadas en el firmamento de la Iglesia, pre-

ciosas margaritas engastadas en la regia corona de la Esposa de Cristo; aguerridos campeones del invencible ejército del Señor; místicas y odoríferas plantas del vergel sagrado; muros inexpugnables contra los que se rompen las flechas de los enemigos, son los Santos Padres de la Iglesia. En vano los protestantes levantan el grito contra estos santos y doctísimos varones; en vano pretenden que no sean argumento infalible de la fe, porque ciertamente, los Santos Padres acreditarán siempre que la Iglesia Católica en todos tiempos creyó una sola doctrina; y que para prueba de esto, ellos son testigos oculares y auriculares de lo que creyeron sus antecesores, quienes transmitieron las mismas enseñanzas que ellos transmiten, y que en nuestros tiempos manda crear la Iglesia Católico-Romana.

Antes de empezar á emitir sus bellos testimonios en pro del dogma eucarístico debo indicar brevemente cuáles sean los requisitos indispensables para que un varón apostólico sea reconocido por santo Padre, y su autoridad. Cuatro son las condiciones necesarias para que á un varón eclesiástico se le pueda llamar Padre de la Iglesia; á saber: eminente doctrina; insigne y continua santidad de vida; competente antigüedad, y declaración de la Iglesia. Por esto observamos que aunque Tertuliano y Orígenes sean famosísimos Doctores no se les puede reputar por Padres de la Iglesia, por faltaries la segunda condición; asimismo Sto. Tomás y San Buenaventura y los eminentes y santos Doctores contemporáneos y posteriores á ellos, tampoco se les puede reputar por Padres, por carecer de la 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> condición. S. Bernardo es el último santo Padre de la Iglesia.

La autoridad de que gozan los santos Padres es la siguiente: 1.<sup>o</sup> Cuando todos ellos asienten unánimemente á una verdad de la Religión, su argumento es infalible, porque es imposible absolutamente que toda la Iglesia se engañe, la cual se equivocaría si lo que afirman todos los Padres fuese falso ó pudiese ponerse en duda. Además; cuando el mayor número de los Padres está conteste en un dogma y la Iglesia decide, se ha de atener á lo que declare la Iglesia.

2.<sup>o</sup> si uno ó pocos Padres defienden una opinión que es contradicha por los demás, el testimonio de aquéllos no es infalible; no obstante se la puede seguir como particular, si la Iglesia, tribunal decisivo de las controversias, no determina otra cosa en contrario.

Esto supuesto, todos los santos Padres, sin excepción, defienden valerosamente el dogma de la Eucaristía: luego su argumento es infalible, de lo que se deduce que el misterio de la Eucaristía es verdadero. Veamos, pues, la admirable doctrina de estos esclarecidos doctores acerca de nuestro asunto, y para mayor claridad, dividiré la presente materia en tres capítulos.

Merece el primer lugar, S. Marcial, obispo Lemovicense. Hablando de la Eucaristía, dice estas palabras: «Los judíos inmolaron á Jesús por envidia, pensando con esto hacer desaparecer su nombre de la tierra; nosotros, por causa de nuestra salvación, le proponemos en el ara santificada, sabiendo que por este solo remedio, se mantiene nuestra vida (espiritual) y huímos de la muerte (1) (del alma)».

S. Dionisio Areopagita, discípulo de S. Pablo y compañero de los santos Ignacio Mártir y Policarpo, fué natural y obispo de Atenas. Sus escritos, así como revelan mucha erudición y piedad, dan noticia de las santas costumbres de los primitivos cristianos en cuanto á la recepción del Cuerpo y Sangre del Señor. (2) «Los sacerdotes, dice, se acercan al altar santo y allí, rodeados de los ministros sagrados y entre el canto de los salmos é himnos, se ofrece á Dios el pan y el vino, el cual, después de consagrado, es recibido primero por el sacerdote y luego por los ministros y demás fieles».

S. Clemente romano, primer papa de este nombre, redactó una liturgia del santo Sacrificio de la Misa, la que, como dice Belarmino, no compuso de su propio juicio, sino de conformidad con el rito que observaba S. Pedro, por lo cual poseemos un nuevo testimonio á favor de la Eucaristía. En

(1) Epist. ad Burdegal. cap. 3.  
(2) In cath. de SS. Eccles.

el Tratado (1) tercero de esta obra nos ocuparemos de su célebre carta eucarística.

Veamos lo que nos dice S. Ignacio mártir, por sobrenombre Teoforo. En la carta á los cristianos de Éfeso, escribe: «Por la divina gracia de Jesucristo, todos tenéis una misma fe, un mismo Jesucristo, hijo de David en cuanto hombre, hijo del Hombre é hijo de Dios, de suerte que con un espíritu indivisible, obedecéis al obispo y á los presbíteros y partís un mismo Pan que es el remedio de la inmortalidad; éste es el antídoto que nos preserva de la muerte para vivir eternamente en Jesucristo». En la carta á los Romanos, añade: «No me recrean los manjares corruptibles ni los placeres mundanos; quiero el pan de Dios, el pan celestial, el pan de la vida, que es el Cuerpo de Jesucristo, hijo de Dios, nacido de la familia de David: quiero beber su sangre, que es caridad incorruptible y vida sin fin».

Floreció en el siglo segundo S. Justino, filósofo y mártir, que nació por los años de 103. En la primera apología habla difusamente del adorable Sacramento con objeto de vindicar á los cristianos de los supuestos crímenes que se les atribuían. Refiere en primer lugar el bautismo, y cómo los recién bautizados eran conducidos á donde estaban los demás fieles congregados. «Luego, añade, ofrecemos al que preside, un pan y un cáliz con vino y agua; él los recibe, y glorificando á Dios, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, celebra la Eucaristía y da gracias por los dones recibidos. Concluídas las preces, todo el pueblo responde *Amen*, voz hebrea que significa *así se cumpla*. Luego nuestros diáconos distribuyen aquel pan y vino consagrados á los que se hallan presentes y le llevan también á los enfermos. A este manjar llamamos Eucaristía, que sólo puede recibir el que confiese nuestro dogma y haya sido bañado en esta agua de regeneración que perdona los pecados, y viva según la ley de Jesucristo; porque no la recibimos como una comida ó bebida: sino que sabemos que, así como por nues-

(1) Apéndice á la Edad Antigua de la Historia de la Eucaristía.

tra Redención tomó el Verbo eterno carne y sangre mortal, así aquel pan y vino sobre el que se han dicho las preces, convertidos con sus mismas palabras y con que nos alimentamos después del Bautismo, es el verdadero Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Los apóstoles en sus comentarios, llamados Evangelios, dicen habérselo mandado así Jesucristo, quien tomando el pan, después de haber dado gracias, dijo: «Haced esto en reverencia mía, éste es mi cuerpo» y recibiendo el cáliz dijo estas otras: «Ésta es mi sangre», repartiendo uno y otro á los apóstoles. Desde entonces traemos á la memoria unos á otros estas cosas; el que tiene socorre al necesitado; vivimos siempre acordes en todos los sacrificios; alabamos al Criador de todas las cosas por Jesucristo, su Hijo y por el Espíritu Santo.»

El testimonio de S. Ireneo, nacido en 120 y obispo de León de Francia, no es menos claro. Hablando de Jesucristo, (1) dice lo siguiente: «El Señor aconseja á sus discípulos que consagren á Dios las primicias de sus frutos, no por necesitar de éstos, sino en testimonio de su reconocimiento. Tomó el pan que es obra del Criador, y habiendo dado gracias, dijo: «éste es mi cuerpo» y tomando el cáliz del mismo modo, declaró que aquélla era su sangre, enseñando la nueva oblación del Nuevo Testamento que la Iglesia aprendió de los apóstoles, y la ofrece á Dios en todo el mundo, de la cual se lee en Malaquías, mi nombre se glorifica entre las gentes de oriente á poniente; y en todas partes se consagra en mi nombre una víctima pura. El pueblo antiguo tenía sacrificios, y los hay también en la Iglesia, pero se diferencian en la mutación, pues ya no son esclavos sino libres; solamente la Iglesia es la que presenta esta oblación pura al Creador, ofreciéndole en acción de gracias su misma obra, que es el sacrificio que instituyó. Los judíos no hacen tan sublime ofrenda». Mas, no se contenta el santo con transmitirnos semejantes ideas, sino que, hablando de los herejes, dice: «¿Cómo podrán éstos estar ciertos, ni creer que el pan

(1) Lib. 4.

eucarístico es el cuerpo del Señor, y el cáliz su sangre, si no le conocen por Hijo del Criador? ¿Cómo pueden decir que está sujeto á la corrupción y no recibe la vida, el que se nutre con el Cuerpo del Señor? Una de dos; ó han de mudar de opinión, ó deben de continuar ofreciendo estos sacrificios... Porque así como el pan que nace de la tierra, pronunciadas las palabras de Jesucristo, deja de ser pan común y pasa á ser Eucaristía, compuesta de cosas de la tierra y cielo, á saber: «una cosa es de la tierra: porque el Cuerpo de Jesucristo es de la misma naturaleza que el nuestro, el cual es terrestre, y la otra cosa es del cielo, es decir su divinidad y su espíritu son celestiales; así nuestros cuerpos, recibiendo la Eucaristía, dejan de ser corruptibles por la esperanza de la resurrección» y contra los que negaban esto último, añade: «Si esto no fuera así, ni Jesucristo nos hubiera redimido con su sangre, ni participaríamos de ella en el Cáliz eucarístico, ni el pan que nosotros partimos sería la comunicación de su cuerpo».

Clemente, (1) presbítero de Alejandría y oriundo de Atenas, declara que «el pan y el vino que Melquisedech ofreció en sacrificio, eran una bella figura de la Eucaristía; los que la reciben dignamente, se santifican en cuerpo y en espíritu por la unión del eterno Verbo, pues la Eucaristía es la propia Carne del Verbo encarnado. Con el fin de que participemos de tan santo cuerpo, de modo que su presencia en nuestro pecho pueda santificar nuestros propios cuerpos y asimismo purificar nuestros deseos é inclinaciones, nos manda desnudarnos del antiguo hombre pervertido, y abstenernos de los alimentos de la tierra».

En el tercer siglo resplandeció Tertuliano, presbítero y oriundo de Cartago, famosísimo por su carácter austero, estilo enérgico y hermosa elocuencia. En uno (2) de los libros que escribió contra Marción, dice de la Eucaristía: «Jesucristo habiendo tomado el pan, le convirtió en su carne,

(1) Lib. 4. Strom.  
(2) Lib. 4. cap. 40.

diciendo: Éste es mi cuerpo». En otra parte añade: (1) «Nuestra carne se nutre del cuerpo y sangre de Jesucristo, y nuestra alma se engrasa de su divinidad». También refiere que los fieles se congregaban antes de amanecer para la celebración de la Eucaristía, ó sea para el sacrificio de la Misa; que los mismos fieles recibían la santa Hostia de mano de los Presidentes ó Presbíteros; y que luego la llevaban á su casa para comulgar antes de desayunarse. Asimismo cuenta, que un día en cada año se ofrecían sacrificios generales en la Iglesia por los difuntos; y finalmente, habla de la costumbre de ofrecer anualmente sacrificios particulares por los cristianos difuntos.

Orígenes, presbítero y confesor de Cristo, varón infatigable en el estudio, que por eso se le llama Adamancio, y fortísimo para soportar los contratiempos y persecuciones, que por eso se le apellida también Calcentero, es uno de los doctores que más fervorosamente han hablado de la Eucaristía.

De sus innumerables obras entresacamos las siguientes relevantes ideas. (2) «No os aficionéis, dice, á la sangre de los animales, antes bien: aprended á conocer la Sangre del Verbo y escuchad lo que os dice el mismo: «Ésta es mi sangre». El que está penetrado de estos misterios, conoce la Carne y la Sangre del Verbo-Dios». Después prosigue: «Cuando vosotros recibís este sagrado Alimento y este Manjar incorruptible; cuando vosotros gustáis el pan y el cáliz de la vida, vosotros coméis y bebéis el Cuerpo y la Sangre del Señor; entonces el Señor entra dentro de vosotros. Debéis, por lo tanto, decirle entonces humildemente y á imitación del Centurión: Señor, yo no soy digno de que vos entréis en mi casa».

S. Dionisio Alejandrino, presbítero y discípulo del anterior, escribió una carta á Fabio ó Flaviano, en la cual le manifiesta, que no se debe negar la comunión del Cuerpo y Sangre de Cristo á ningún cristiano que la pida en la hora

(1) Lib. de Resurr. corp. cap. 8.  
(2) Homil. 9. in Levit. n.º 10.

de la muerte; y refiere un célebre hecho en su confirmación. Dice que cierto anciano, llamado Serapión, se hallaba gravemente enfermo y deseaba participar del Sagrado Viático; al efecto, mandó un niño al sacerdote, con recado de que viniese á administrárselo; éste se hallaba también postrado en cama, por lo cual determinó que el mismo niño fuese á la Iglesia y, tomando una sagrada Hostia se la llevase al anciano moribundo. En efecto; el pequeñito administró con sus propias manos el Santo Viático al doliente quien de allí á poco expiró plácidamente en el Señor.

Mas atendamos á lo que enseña S. Cipriano, obispo de Cartago.

Cuando se aproximaba la persecución de la Iglesia, escribía á los cristianos: (1) «Estemos prontos para combatir. No nos ocupemos de otra cosa que de obtener la gloria y la corona de una vida eterna, confesando al Señor... El combate que está cerca, será muy cruel, más feroz que nunca; por lo tanto, con fe inquebrantable, los soldados de Cristo deben prepararse con la Eucaristía á fin de estar mejor dispuestos á derramar su sangre por Cristo... En otro lugar dice: (2) Trátase de revestirnos con la coraza de la justicia, á fin de que nuestro corazón pueda resistir los dardos del enemigo. Fortifiquemos nuestros ojos, á fin de que no se fijen en los detestables ídolos; fortifiquemos nuestra boca, á fin de que nuestra lengua confiese victoriosa al Señor y á su Cristo; armemos nuestra mano del cuchillo espiritual, á fin de que ella rechace con intrepidez los funestos sacrificios (de los ídolos) y que al recuerdo del de la Eucaristía, esta mano que ha recibido el Cuerpo del Señor, abraza á su Dios y le apriete, asegurada de recibir bien pronto de Él el premio de la celestial corona». De cierto cristiano que acabando de recibir la Eucaristía se salía de la Iglesia para ir al teatro, decía: «Apenas sale del templo del Señor y llevando aún la Eucaristía en su seno, el infiel se encaminaba hacia el teatro, llevandó al espectáculo juntamente con él, al Cuerpo

(1) Epist. 56.

(2) Lib. sup. spect.

sagrado de Jesucristo». También recuerda este santo, que en su tiempo se consagraba la Eucaristía por la mañana ó por la noche puesto el sol, mas él, aprueba la costumbre de consagrar sólo por la mañana. (1) Refiere además, que los sacerdotes celebraban el santo sacrificio todos los días y que los fieles comulgaban diariamente bajo las dos especies, á no tener gravadas las conciencias con pecado mortal. Asimismo los fieles de su tiempo recibían en sus propias manos la Eucaristía, bajo la especie de pan, la cual llevaban á sus casas devotamente para comulgar en ellas: solían darla á los niños, los cuales eran sin repugnancia admitidos á los divinos Misterios (2).

De lo poco que nos queda de S. Hipólito Mr. y obispo de Aden en la Arabia, leemos: «El adorable y santo Cuerpo y Sangre del Señor todos los días se sacrifica y consagra en la misteriosa y divina mesa en memoria de aquella primera divina cena digna de eterna memoria; y que en esta divina mesa nos da á comer y beber su divina carne y sangre».

Firmiliano, obispo de Cesárea, escribía á S. Cipriano estas palabras: «¿Qué delito habrá en los que admiten á la comunión y en los que son admitidos, cuando bastante temerarios en usurpar la comunión, y antes de haber expuesto sus pecados y lavado sus manchas en la piscina de la Iglesia, ó en la penitencia, tocan el Cuerpo y la Sangre del Señor, estando escrito: «Cualquiera que comiere de este pan ó bebiere indignamente del cáliz del Señor, será culpable del cuerpo y de la sangre del mismo Señor?..»

Pero basta lo consignado para dar por terminado el presente capítulo, y pasemos al siguiente, donde daré á conocer las pruebas eucarísticas de los Padres del cuarto y quinto siglo.

(1) Epist. 63.

(2) Epist. 57. De orat. Dom.